

Entre arqueólogos te veas

Puedo decir que en esos momentos no me arrepentí de estudiar antropología, pero sí me molesté por no poder escapar físicamente del lugar en donde me encontraba. En ese entonces era yo pasante de la licenciatura de Antropología Física y estaba recorriendo la región en donde iba a realizar mi tesis. Semanas antes había concluido mis prácticas obligatorias de campo, excavando en un centro ceremonial importante, junto con compañeros de antropología física y arqueología. A partir de esa experiencia, no me cabía la menor duda de la buena formación de mis profesores. Había aprendido mucho y por eso iba muy entusiasmada a hacer ese recorrido con ellos. Conforme avanzábamos, nos explicaban las características de las plantas de la región, las costumbres de las personas que ahí vivían, aspectos de la geología del lugar, etcétera. Pero el colmo de mi admiración fue percatarme de la capacidad de uno de ellos para encontrar material arqueológico desde el auto en movimiento, ¿podría tener alguna vez esa capacidad?

El motivo del recorrido era buscar posibles refugios de grupos cazadores-recolectores prehispánicos. Así que mis maestros y compañeros alumnos arqueólogos observaban cualquier cueva (o más correcto: “abrigo”) que existiera en los cerros por donde pasábamos. Finalmente sus esfuerzos dieron fruto: una pequeña cueva que se veía interesante nos guiñaba el ojo desde lo alto de una escarpada elevación.

No dudé un instante en ponerme a escalar junto con ellos. Recordando sus enseñanzas: “al subir, siempre ten apoyados por lo menos tres extremida-

des de tu cuerpo, para que no te caigas”, “pon de lado tus pies en las bajadas”, etcétera. Avancé más lento que los demás, pero eso sí sin tener más que una mano o un pie en el aire.

Cuando las copas de los árboles quedaron abajo de mí, empecé a atemorizarme. Sin embargo, los todavía pocos abriles que en ese entonces tenía, me ayudaron a continuar. Pero en un momento del ascenso, no pude encontrar una rama donde colocar mi mano (aunque estaba bien sujeta con la otra mano y los pies). Hice varios intentos en vano. “Bueno” —pensé— “si no puedo subir, bajaré por donde vine y trataré de hallar otra ruta”. Durante varios minutos traté de encontrar el hueco en el que había apoyado el último de mis pies que había ascendido. No lo hallé y comenzaba a cansarme. En ese instante me pregunté qué demonios hacía allá. Pensé en mi madre, que dada la hora, seguramente en ese momento estaría comiendo o descansando

mirando la televisión, pensé en mi rutina diaria en la que de haber estado en la ciudad, estaría tranquila haciendo otra cosa. ¿Pero quién me mandó estar allá?, ¿por qué había estudiado antropología?, al llegar a este punto, recuerdo que me arrepentí de hacerme esa pregunta. Para mí no había la menor duda que la antropología era mi camino y ni modo, si quería ser antropóloga habría que superar este problema.

Todavía no sé cómo logré encontrar un nichito donde poner mi pie y bajar poco a poco. Cuando por fin llegué al añorado suelo, encontré a otra pasante, pero de arqueología, que habiendo sufrido un percance similar decidió renunciar al intento. “Ven, vámonos

a la camioneta” — me dijo — “¡yo si tengo abuela!” Juntas encontramos el camino y regresamos al auto, y desde ahí observamos el ascenso del resto de nuestros compañeros y maestros. En ese momento se nos acercó una señora de aproximadamente cincuenta años, y nos preguntó qué buscaban nuestros compañeros. Le explicamos que estaban interesados en conocer la cueva. “Es bonita” —nos contestó— “hay una cruz adentro y cada 3 de mayo subimos todos a la misa allá”. Recordando mi curso de somatología, rápidamente empecé a hacer ciertos cálculos y a “ojo de cubero” observé detenidamente a nuestra interlocutora: “si yo mido 1.57 m de estatura y la señora es media cabeza más pequeña que yo, debe tener

casi un metro de estatura y estar pasada por lo menos por diez kilos, si a eso le sumamos su edad, pues... ¡mis respetos para la señora!, ¡que condición debe tener!... Como si adivinara mis pensamientos, esta última nos preguntó: “¿pero por qué subieron por la parte más peligrosa del cerro?, no señoritas si nadie sube por allá, si del otro lado está la vereda, ¿pu’s qué no preguntaron?”

En efecto, a nadie se le había ocurrido preguntar si existía una vereda, o bien haber rodeado un poco el cerro antes de treparse y así no arriesgar el pellejo. A partir de ese día, no puedo decir que disminuyera el respeto hacia mis amigos arqueólogos, pero sí desde entonces desconfió un poco de su sapiencia en los recorridos de campo.

MARTA BEATRIZ CAHUICH CAMPOS
Antropología Física, ENAH